

La aculturación de las bandas juveniles violentas. Una perspectiva de análisis complejo desde la construcción simbólica de la realidad individual, grupal y sociocultural.

María Jesús Martín López

Dpto. Psicología Social y Metodología, Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de Madrid.
Ciudad Universitaria de Cantoblanco. Madrid 28049.
Email: mariajesus.martin@uam.es

José Manuel Martínez García

Dpto. Psicología Social y Metodología, Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de Madrid.
Ciudad Universitaria de Cantoblanco. Madrid 28049.
Email: josemanuel.martinez@uam.es

Jorge S. López Martínez

Dpto. Psicología Social y Metodología, Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de Madrid.
Ciudad Universitaria de Cantoblanco. Madrid 28049.
Email: jorge.lopez@uam.es

Barbara Scandroglio

Dpto. Psicología Social y Metodología, Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de Madrid.
Ciudad Universitaria de Cantoblanco. Madrid 28049.
Email: barbara.scandroglio@uam.es

Resumen

La comprensión de la gestación y evolución de las bandas o grupos juveniles violentos supone un desafío en el que están implicadas un notable número de disciplinas. Los intentos reduccionistas ligados que han tratado de presentar este fenómeno social como resultado exclusivo o preferente de procesos biológicos, psicológicos, grupales, sociales o comunitarios no han obtenido el éxito esperado. Este parcial fracaso es deudor en parte de una aproximación ingenua desde postulados epistemológicos neopositivistas que han pretendido objetivar las causas de esta clase de comportamiento, a través de investigaciones fundamentalmente individualistas. El enfoque histórico y evolutivo, interpretativo y construccionista más ligado a la epistemología crítica puede postularse como una alternativa que, a través del análisis del discurso, permita generar formas de conocimiento complejas y transdisciplinares.

Éste es el objetivo fundamental de la comunicación que trata de sintetizar los resultados de una década de investigaciones sobre bandas juveniles españolas, a través del análisis del discurso de jóvenes pertenecientes a estos grupos juveniles. Sus conclusiones ilustran adecuadamente la necesidad de un replanteamiento de las bases filosófico-epistemológicas y metodológicas de la investigación sobre esta clase de fenómenos sociales, incorporando en este planteamiento elementos centrales del enfoque postmoderno, construccionista y crítico. Así, las distorsiones en la transmisión y recepción de información, la generación de significados compartidos respecto al endogrupo y a los exogrupos; la importancia de las tradiciones, normas y rituales de aculturación que en ocasiones se encuentran rodeados de elementos místicos o míticos; la sutilidad en el engaño y el auto-engaño para la pervivencia de la identidad personal y grupal; la simplificación de los códigos interpretativos de la realidad; y la presencia de elementos axiológicos y altruistas en la conformación y mantenimiento del grupo, son ejes centrales de una realidad construida fundamentalmente a través de la interacción verbal y de la conducta social, más rica y diversa que las habituales simplificaciones generacionales o tribales.

Palabras Clave: grupos violentos, socialización diferencial, aculturación, análisis del discurso

Abstract

The comprehension of the gestation and evolution of violent juvenile gangs or groups is a challenge in which a large number of disciplines are involved. Contrary to expectations, related reductionist attempts to present this social phenomenon as the exclusive or preferential result of biological, psychological, group, social, or community processes were unsuccessful. This partial failure is partly due to a naive approach from epistemological neopositivistic postulates that sought to objectivize the causes of this kind of behavior, chiefly by means of individualistic investigations. The historical and developmental, interpretative and constructionist focus, more closely linked to critical epistemology, may be proposed as an alternative that, through discourse analysis, can generate complex and trans-disciplinarian forms of knowledge.

This is the main goal of this communication, which attempts to synthesize the results of a decade of research on Spanish juvenile gangs, through the analysis of the discourse of youths from these juvenile groups. The conclusions illustrate adequately the need to reframe the philosophical-epistemological and methodological bases of research on this kind of social phenomena, incorporating into this proposal the key elements of the postmodern, constructionist, and critical approach. Thus, distortions in the transmission and reception of information; the generation of shared meanings concerning the endogroup and the exogroups; the importance of traditions, rules, and acculturation rituals that are sometimes surrounded by mystical or mythical elements; the subtlety of deceit and self-deceit for the durability of personal and group identity; the simplification of the interpretive codes of reality; and the presence of axiological and altruistic elements in group conformation and maintenance are the central axes of a reality principally constructed by means of verbal interaction and social behavior, which is richer and more diverse than the habitual generational or tribal simplifications.

Keywords: violent gangs, differential socialization, acculturation, discourse analysis

Tabla de contenidos

1. Introducción

1.1 La conducta violenta juvenil

1.2 El estudio cualitativo de la violencia juvenil grupal

1.3 La violencia grupal juvenil desde la perspectiva de análisis cualitativo de los discursos

2. Materiales y métodos

2.1 Muestra

2.2 Instrumento

2.3 Procedimiento

2.4 Análisis de resultados

3. Resumen de resultados y de conclusiones

3.1 Un modelo complejo para comprender la violencia grupal juvenil

3.2 El efecto diferencial de los distintos agentes de socialización y la violencia exogrupal: la reducción de alternativas conductuales

3.3 Una forma de vinculación simbólica: las predisposiciones convergentes

3.4 Asimetría y disarmonía socializadora

3.5 Identidad social de los jóvenes violentos

3.6 De anomia, adoctrinamiento y educación

4. Referencias Bibliográficas

1. Introducción

La investigación sobre pandillas o grupos juveniles violentos o “gangs” tiene un amplio recorrido histórico en las ciencias sociales que se remonta contemporáneamente a los trabajos de Trasher (1927) y White (1943). Los estudios epidemiológicos reflejan que los adolescentes y los jóvenes son los protagonistas de las agresiones, pero también constituyen el grupo principal de víctimas (Farrington, 1983; Reza, Krug Y Mercy, 2001). En Estados Unidos, el Centers for Disease Control & Prevention (2006) estimó durante el año 2003, 5.570 personas con edades entre los 10 y los 24 años fueron asesinadas (un promedio de 15 cada día); los homicidios son la principal causa de muerte entre africano-americanos de 15 a 24 años de edad y ocupan la segunda posición entre los jóvenes hispanos. La pertenencia a un grupo violento es una de las más importantes condiciones relacionadas con la violencia juvenil (Lipsey y Derzon 1998; Resnick, Ireland, y Borowsky, 2004). Algunos autores consideran que la agresividad en la niñez es una variable predictiva de la violencia que se ejercerá en la adolescencia (Stattin y Magnusson, 1989; Pulkkinen, 1987; Farrington, 2001).

España carece de un sistema y de un organismo oficiales que analicen la evolución estadística de la violencia juvenil. No obstante, el Ministerio del Interior (2007) ha contabilizado 21.076 infracciones penales cometidas por menores de 18 años en 2006; en el año 2005 fueron detenidas más de 300 personas vinculadas con bandas juveniles y se identificó más de 2.000 de sus miembros. El informe anual Raxen (2006) estima que los grupos neonazis o racistas de nuestro país protagonizan más de 4.000 agresiones al año y sitúa a las víctimas entre los inmigrantes, los indigentes, los homosexuales, las prostitutas y los jóvenes de diversos aspectos (punkis, hippis, siniestros, etc.), además de mezquitas, sinagogas y sedes de organizaciones de izquierda. Complementariamente, La extensión desde 2002 de las “maras” latinoamericanas (Latin King, Ñetas y MS-13) en Madrid y Barcelona que siguen el modelo estadounidense es un hecho ampliamente contrastado (Iglesias, 2006).

1.1 La conducta violenta juvenil

Krug, Dahlberg, Mercy, Zwi y Lozano (2003) en Informe Mundial de la Violencia de la Organización Panamericana de la Salud, definen la violencia como “el uso intencional de la agresión física o de amenazas de agresión contra uno mismo o contra otra persona, grupo o comunidad que tenga como consecuencia principal una alta probabilidad producir lesiones, la muerte, mal desarrollo o privación” Esta definición plantea dificultades como la inclusión de una condición (la intención) que debe ser inferida o la dificultad para clasificar los actos violentos de modo exhaustivo y excluyente. Éstas y otras dificultades aconsejan caracterizar de la forma más clara posible el tipo de violencia que se desea investigar (Chávez, 1999; Moser, 2004). Una de las paradojas que es necesario afrontar es que, al menos en el ámbito español y europeo, muchos de los actos violentos aparentemente individuales están inspirados por normas y hábitos grupales (Martín González, et al., 1998). Las investigaciones precedentes (Scandroglio et al. 2003; Martín, 2005) han sugerido la necesidad de definir esta clase de violencia teniendo que sus objetivos son personas ajenas a un grupo determinando; así entendida la violencia exogrupal es definida como *una agresión física, verbal o simbólica realizada por uno o más personas que, en tanto que miembros de un grupo, tratan de provocar intencionalmente daño físico o psicológico a una o más personas identificadas como miembros de un grupo rival o distinto.*

1.2 El estudio cualitativo de la violencia juvenil grupal

En paralelo a las dificultades epistemológicas y metodológicas de los estudios experimentales y cuantitativos, las últimas dos décadas, en el marco de las ciencias sociales se ha producido un incremento de investigaciones cualitativas sobre distintas formas de violencia (de género, interpersonal, referida al acoso escolar u organizacional). La relevancia de la “alternativa” cualitativa descansa en la pretensión de compaginar un análisis riguroso con controles de calidad que permiten la generación y validación de teorías con una perspectiva ideográfica, procesual e histórica de los fenómenos sociales (Potter y Wetherell, 1987; Miles y Huberman, 1994; Flick, 1999). Más concretamente, González Rey (2000) e Íñiguez (2006) coinciden en algunas características de la investigación que también obedecen a los intereses de estas investigaciones sobre violencia grupal:

- La singularización de cada una de las experiencias, su descubrimiento e interpretación por parte del investigador. La inferencia, a partir de ellas, de regularidades en la percepción de la realidad que no pueden considerarse de forma descontextualizada de la influencia cultural y de los distintos agentes de socialización e influencia.

- La capacidad para generar un conjunto de significados organizados, frutos de manipulaciones simbólicas que permiten adaptar la realidad a las necesidades, intereses y capacidades individuales y grupales, una teoría sobre la realidad social que, dada su naturaleza procesual e histórica, nunca puede considerarse acabada

- Desde la perspectiva metodológica, es precisa un procedimiento riguroso que permita la contrastación por otros investigadores de los resultados y de las conclusiones alcanzadas. Pero que sea compatible con la capacidad heurística del investigador que, incluso cuando no es posible demostrar de forma fáctica su interpretación, ejerce una labor de reconstrucción de la realidad interpretada para formalizar hipótesis que impulsen nuevas investigaciones.

- La posibilidad de integrar la interpretación o construcción de la realidad que realizan personas, grupos o comunidades para generar conocimiento complejo.

- El conocimiento científico, así considerado, no se legitima por el tamaño de la muestra, sino por la cualidad de su expresión y la representatividad de los contenidos subjetivos alcanzados.

1.3 La violencia grupal juvenil desde la perspectiva de análisis cualitativo de los discursos

Los estudios cualitativos sobre grupos violentos juveniles no son frecuentes en las ciencias sociales, aunque en las dos últimas décadas algunos trabajos han permitido identificar algunos procesos de distintos nivel que parecen estar relacionados con esta forma de agresión.

El reciente estudio de Klein, Weerman y Thornberry (2006) pone de manifiesto la especificidad cultural también de este problema social; más concretamente, el análisis comparativo de estudios cuantitativos y cualitativos sobre las gangs estadounidenses y las pandillas europeas refleja unas evidentes diferencias relacionadas con la cultura en la que se desarrollan. Así, la violencia de las gangs estadounidenses está vinculada más frecuentemente que la europea a actividades delictivas, especialmente al tráfico de drogas. La violencia de las pandillas europeas tiene consecuencia menos graves, instrumentaliza con menor frecuencia las armas de fuego y está menos vinculada a la territorialidad es menor que en los grupos

violentos de Estados Unidos. Sin embargo, ambos tipos de grupos violentos son similares en el alto valor concedido a la pertenencia a los grupos violentos y su vinculación con la obtención, consolidación o mejor de la autoestima individual.

Kennedy y Baron (1993) desarrollaron una investigación cualitativa que combina entrevistas en profundidad no estructuradas y notas de campo sobre las actividades de 35 jóvenes punks violentos. Los resultados muestran que la violencia grupal juvenil en muchas ocasiones refleja la interacción entre factores de la subcultura grupal callejera y de las actividades rutinarias que realizan los jóvenes en las calles. La subcultura del grupo sirve de marco interpretativo para identificar a los grupos enemigos y para establecer las normas que regulan la interacción con los exgrupos y la escalada de violencia (desde los insultos hasta la violencia física). Las actividades rutinarias implicadas en la violencia tienen a su vez un papel importante en la justificación del marco interpretativo generado por la subcultura centrada en el grupo.

Vigil y Yun (2002) proponen un modelo de “acción y reacción” que sugiere que la violencia grupal está en gran medida influida por múltiples fuentes de marginación, de naturaleza macrohistórica (racismo, represión sociocultural, etc.) y macroestructural (inmigración y migración centrada en guetos y zonas de marginación estructuralmente consolidada). En este marco estructural e histórico, las condiciones ecológicas y socioeconómicas influyen en las condiciones socioculturales (dificultad de acceso a la educación, marginación económica de las minorías) y éstas las psicosociales (identidad social de las bandas callejeras). Una vez constituida esta identidad social, el sentido de influencia se invierte y la acción de los factores psicosociales tendría un gran relevancia en la perpetuación de las condiciones socioculturales y las ecológicas y socioeconómicas (en especial a las relacionadas con la perpetuación del o gueto y de las actividades económicas de naturaleza delictiva, sobre todo, el tráfico de drogas).

Otros estudios cualitativos han alcanzado resultados sobre *aspectos concretos* de la violencia grupal juvenil. Yonas, O'Campo, Burke, y Gielen (2006) hallaron una fuerte vinculación entre la falta de oportunidades laborales en las empresas locales, la dificultad de acceso a la vivienda y otras características ambientales con las actividades ilegales de tráfico de drogas; y de todas estas variables con la violencia juvenil. Reilly, Muldoon y Byrne (2004) realizaron un análisis cualitativo con cuatro grupos focales compuestos por un total de 28 jóvenes residentes en áreas desfavorecidas en Irlanda del Norte. Encontraron dos factores fuertemente asociados a la violencia juvenil: la desventaja social y la identidad de género masculina construida cultural, social y grupalmente que se concreta en una alta capacidad y motivación para la violencia. Zimmerman, Morrel-Samuels, Wong, Tarver, Rabiah, y White (2004) trataron de descubrir causas posibles de la violencia juvenil mediante cuestionarios y entrevistas aplicados a estudiantes de enseñanza secundaria; los principales factores identificados la falta de la autocontrol de la ira, la necesidad de aprobación, el acoso o la falta del respeto, la violencia en los medios de comunicación y los estilos educativos de los padres. Abrams y Aguilar (2005) adoptan una perspectiva etnográfica y procesual mediante la técnica de observación participante durante 16 meses en un correccional de Minnesota, complementada con 12 entrevistas semiestructuradas a menores delincuentes masculinos (entre 15 y 17 años); los resultados mostraron la importancia del autoconcepto en el historial delictivo de los menores analizados y en su potencial cambio de conducta; el self no recae sólo en características individuales sino que está influido por la familia, la escuela, el trabajo y el grupo de iguales; de hecho, los autores sostienen que las frecuentes reincidencias de estos

menores al salir de la institución están influidas por la incapacidad de la familia, el trabajo y la escuela para proporcionarles una autoestima positiva.

En España se han realizado varias investigaciones cuantitativas y cualitativas sobre las tribus urbanas, algunas de ellas violentas (Feixa, 1998) y la conducta violenta grupal (Martín González et. al., 1998; Martín López, 2005; Scandroglio et al., 2003) que han identificado cuatro factores influyentes y relacionados entre sí. a) *Factores socioculturales y económicos*: precariedad laboral, sueldos bajos, dificultad de emancipación, valores sociales centrados en el éxito económico y la competitividad. b) *Factores relacionados con la identidad social*: centralización del apoyo social (instrumental y afectivo) en el grupo violento, familias autocráticas o anómicas que no promueven la interiorización de normas prosociales, irrelevancia socializadora de los ámbitos laboral y escolar. c) *Factores relacionados con la identidad personal*: actitudes positivas hacia la violencia grupal, emergencia de las normas procedentes del grupo violento, alta autoeficacia (individual y grupal) para realizar la conducta violenta, predisposición hacia la violencia grupal. d) *Factores conductuales*: experiencia personal con distintas formas de violencia, modelado familiar de la violencia.

Podemos concluir que la investigación cualitativa sobre violencia exogrupal ha indagado diferentes aspectos de este problema social pero la evolución de los grupos violentos ha sido abordada sólo tangencialmente. Esta forma de investigación resulta singularmente apropiada para abordar la complejidad y el proceso de estos fenómenos. Consecuentemente, el estudio cualitativo realizado propone un modelo teórico para la comprensión de este fenómeno desde diversos niveles de análisis.

2. Materiales y métodos

2.1 Muestra

20 jóvenes de sexo masculino, de edades comprendidas entre los 17 y 29 años y residentes en la Comunidad Autónoma de Madrid que, durante el último año, han agredido con intención de producir daño físico en tres o más ocasiones, a una o más personas identificadas como miembros de grupos diferentes al propio. Cada uno de estos jóvenes fue entrevistado en dos ocasiones diferentes, separadas por un intervalo medio de 34 días.

2.2 Instrumento

Entrevistas individuales en profundidad realizadas a partir de un guión previo semiestructurado que incluye 26 preguntas fundamentales basadas. El guión de la entrevista basado en este modelo distingue cuatro niveles de análisis. El *macrosistema* que incluye la interpretación que hacen los jóvenes violentos de la influencia que ejercen el marco cultural, los valores y las normas sociales y el entorno ecológico inmediato (la comunidad). El *mesosistema* relacionado con los “entornos de socialización” (escolar, laboral, familiar, grupos de iguales) y más operativamente en relación con la identidad social. El *microsistema*, donde se incluyeron la identidad personal (autoconcepto, autoestima, habilidades personales, etc.) y los procesos emocionales y cognitivos relacionados con la violencia y con el grupo violento. Y la *conducta violenta exogrupal*, cuestiones referidas a las consecuencias para la identidad personal y social de los jóvenes violentos, frecuencia, intensidad y desencadenantes.

2.3 Procedimiento

La primera fase consistió en la captación de sujetos violentos, por un grupo de personas pertenecientes a asociaciones juveniles, asociaciones sin ánimo de lucro, aficionados “ultras” de equipos deportivos madrileños, y profesionales de la intervención social.

En la segunda fase se realizó una aplicación-piloto de la entrevista con los tres primeros jóvenes violentos para evaluar el desarrollo y duración de la entrevista, la comprensión de las preguntas, y la pertinencia de sus contenidos. Como resultado de este análisis, se realizaron cambios de adecuación el lenguaje al tipo de población y se recortaron las preguntas para evitar superar las dos horas de duración. La primera entrevista fue de naturaleza *descriptiva o narrativa* de los dos últimos episodios violentos grupales en los que habían participado y de otra agresión exogrupal de libre elección por su importancia o significación personal para cada informador. La segunda entrevista tuvo una finalidad *explicativa o justificativa* para averiguar la percepción personal de la violencia grupal juvenil (influencia de factores culturales, sociales, económicos, de los grupos sociales relevantes, así como de las causas y consecuencias concretas de las agresiones, entre otras cuestiones).

En la tercera fase se realizaron las entrevistas en distintos lugares acordados entre los captadores y los jóvenes violentos. Se les pidió permiso para grabar en cintas de audio sus declaraciones; cada grabación comenzaba con una descripción por parte del entrevistador de las condiciones de participación y la aceptación expresa e informada del joven entrevistado. La duración media de las primeras entrevistas (descriptivas) fue de 72 minutos (con una desviación típica de 14 minutos); las segundas entrevistas (explicativas) tuvieron una duración media de 98 minutos (con una desviación típica de 24 minutos). Por tanto, el análisis cualitativo se realizó sobre un total de 52 entrevistas, que fueron transcritas literalmente en un plazo de 1 a 5 días desde su realización. Las transcripciones siguieron las reglas propuestas por Drew (1995).

2.4 Análisis de resultados

Se realizó un *análisis del discurso* dividido en dos fases. En la primera entrevista (descriptiva) se trató de identificar los principales procesos y variables potencialmente influyentes en la violencia grupal ejercida; Se utilizó para este fin en el método de “teoría fundamentada” (Glaser y Straus, 1967), con la finalidad de descubrimiento de variables procesos y de relaciones entre ellos (Strauss y Corbin, 1990). En la segunda entrevista (de naturaleza explicativa), se desarrolló el mismo proceso de con el análisis de las transcripciones de la segunda entrevista a los 26 jóvenes violentos, mediante el método de “inducción analítica” (Taylor y Bodgan, 1997). Finalmente, se realizó un análisis del discurso “cruzado” (comparación teórica entre las declaraciones descriptivas y las explicativas) que permitió identificar tres tipos de factores y condiciones: a) factores y condiciones propios o singulares, deducidos a partir de una u otro tipo entrevista y que no se podían identificar en la restantes; b) factores comunes y coherentes entre las declaraciones descriptivas y explicativas (primera y segunda entrevista) descripción y explicación de la violencia exogrupal; c) factores discriminantes e incoherentes entre la descripción de los episodios violentos (derivada de la primera entrevista) y las explicaciones o justificaciones encontradas en la segunda entrevista.

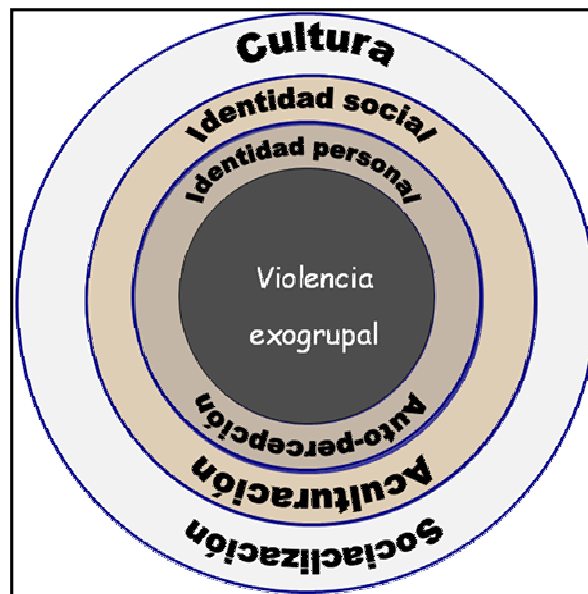
Operativamente, en ambas fases se aplicó el *método comparativo constante* (Álvarez-Gayou, 2003) mediante el cual se fueron generando inferencias teóricas provisionales, coherentes con las opiniones expresadas por los jóvenes violentos; cada nueva declaración sobre un mismo tema era comparada con las hipótesis anteriores para estimar su coherencia teórica; las discordancias observadas obligaron a reformular la hipótesis para permitir la inclusión de esta nueva perspectiva o, en su defecto, se clasificó o estructuró el universo de contenidos de los entrevistados, es decir, de las distintas percepciones sobre este tema. Como resultado de este proceso se establecieron algunas hipótesis “universales” y otras hipótesis “parciales”. Una hipótesis se consideró universal o invariante si cumplía dos condiciones: a) encuentra apoyo empírico concreto en las declaraciones de todos los sujetos; b) no existe declaración alguna que la invalide total o parcialmente. Una hipótesis se consideró parcial incluye diversidad de interpretaciones sobre un aspecto o cuestión concretos; basta para ello que exista una sola declaración que no sea congruente con la hipótesis previamente establecida.

3. Resumen de resultados y conclusiones

Dada las limitaciones de espacio que exige una comunicación, se ha preferido optar por una síntesis de las principales conclusiones alcanzadas.

3.1 Un modelo complejo para comprender la violencia grupal juvenil

La comprensión del fenómeno de la violencia exogrupal juvenil no puede reducirse al efecto sincrónico de unos factores concretos, ni siquiera a un conjunto de interacciones entre situaciones, conductas y características de la personalidad. La presente investigación cualitativa ha puesto de manifiesto el carácter procesual y sistémico del desarrollo de la violencia grupal juvenil. No obstante, los conflictos violentos juveniles no son resultado en todos los casos y ocasiones de todos los procesos y variables que serán comentados más adelante. En su lugar, postulamos una evolución convergente de variables macro, meso y microsociales que parecen conducir a algunos jóvenes a una sufrir pero también disfrutar de una socialización hacia la violencia, en la que el manejo simbólico del lenguaje es un elemento central en la aceptación e interiorización de esta clase de comportamiento como necesarios o justos, como elementos centrales o adyacentes de la identidad social y personal de los jóvenes. Esta influencia está recogido en el siguiente modelo representado en la figura número 1.



3.2 El efecto diferencial de los distintos agentes de socialización y la violencia exogrupal: la reducción de alternativas conductuales

Distintos procesos, factores y variables socioeconómicos y psicosociales parecen influir la violencia grupal juvenil en la comunidad de Madrid, situados en distintos niveles de análisis. Unos de mayor cercanía temporal y situacional a la conducta (expectativas para el joven violento y para el grupo en el que se encuentra) y otros de carácter general y de influencia menos directa y específica en la violencia (procesos de socialización de distintos agentes: las normas y rituales del barrio o comunidad de referencia, las normas de socialización parentales, y los efectos del sistema educativo). Entre estos últimos procesos pueden identificarse unas condiciones de partida que favorecen en la primera infancia el desarrollo de comportamientos (inter-individuales) violentos. Su influencia en etapas posteriores tiene el efecto de reducir las alternativas comportamentales que faciliten la adquisición de una identidad personal y social positiva, a través de la interiorización de normas y comportamientos prosociales.

Por ejemplo, la inadaptación y/o el fracaso escolar tiene efectos directos en su autoestima personal y en la disminución de la probabilidad de interiorizar las normas sociales vigentes; pero, además sigue actuando más tarde, cuando su influencia negativa intensifica la dependencia del autoestima del adolescente de la realización en el marco grupal de acciones antisociales (por ejemplo, la violencia). La notable inflexibilidad del sistema educativo para afrontar esta clase de problemas, para flexibilizar sus normas y sus criterios evaluativos, para generar códigos compartidos con algunos de estos jóvenes, facilita la aculturación de otros agentes de socialización alternativos, que permiten mejorar la identidad personal y social y crear una realidad de alto apoyo social intragrupal a costa, como veremos más adelante, de extremar y simplificar la percepción de la realidad social.

La predisposición hacia la violencia como elemento diferenciador individual favorece la búsqueda de grupos y personas similares. Y también promueve la búsqueda sesgada de razones, justificaciones y motivaciones ideológicas, políticas y económicas, coherentes con el empleo de la agresión como un medio de influencia social (defensa, generación de respeto o de temor) y de cambio social (en los discursos más ideologizados). Una vez establecido en el grupo violento, en la medida que otros agentes de influencia social (familia, pareja, trabajo...) no ejerzan una función socializadora alternativa, y por tanto, entren en conflicto con la identidad grupal violenta, la autoestima (individual y social) de los violentos se nutrirá de narraciones ciertas o mitológicas sobre la importancia del grupo y de la necesidad o conveniencia de sus agresiones. De esta manera los jóvenes violentos irán reduciendo progresivamente las alternativas de comportamiento viables y satisfactorias, hasta llegar en casos extremos, a identificar identidad grupal (de colectivos violentos o antisociales) e identidad personal.

3.3 Una forma de vinculación simbólica: las predisposiciones convergentes

Esta hipótesis es complementaria con la formulada en el apartado anterior. Los grupos violentos no se forman al azar, es decir, con jóvenes de distintas procedencias, actitudes y experiencias previas que ocasionalmente se conocen y desarrollan una relación de amistad. Los datos analizados muestran que en los grupos violentos suelen converger jóvenes que previamente habían desarrollado comportamientos violentos interindividuales y/o que habían interiorizado actitudes y normas favorables a la utilización de la agresión como ejercicio del poder o de la influencia social, es decir, formando parte consustancial a su identidad personal

o social (en otros grupos). Confirmando con ello, la hipótesis de las “predisposiciones convergentes” por la que podemos afirmar que los grupos sociales antinormativos conforman su identidad con personas que coinciden actitudinal y/o comportamentalmente. No obstante, los resultados desconfirman los postulados de la “Teoría de la chusma” o “rif-raff Teory” (Hoffer, 1951; recogido en Javaloy, 2001) que sugiere que los grupos violentos están formados por sujetos pertenecientes a las clases sociales más deprimidas, perdedores, frustrados e incompetentes. Es unánime entre los jóvenes entrevistados la opinión de que la violencia exogrupal juvenil está extendida de forma similar por todas las capas sociales y que los individuos que conforman estos grupos provienen de extracciones sociales muy diversas.

3.4 El manejo simbólico de la realidad. La interacción entre razones y las emociones y deseos y emociones, conscientes e inconscientes

La interacción entre experiencia personal, identidades grupales y condiciones socioculturales facilitan las decisiones conductuales a través de un procesamiento racional y/o de un procesamiento intuitivo, emotivo-motivacional. Es muy probable que los grupos violentos promuevan activamente una aculturación explícita e implícita en normas y hábitos agresivos. Creemos subestimado la influencia de mecanismos de defensa no conscientes tanto personales como grupales que promueven la cohesión grupal y favorecen un sentimiento de pertenencia. Así, por ejemplo, los éxitos en el combate con otros grupos violentos se convierten prontamente en narraciones míticas, probablemente magnificadas que ayudan a transmitir implícitamente normas de apoyo, de responsabilidad grupal y de reciprocidad.

Sobre todo en grupos con alto nivel de experiencia y un gran nivel de control, se ha subestimado el papel que juegan los hábitos, un procesamiento menos profundo y racional. En muchos casos, los rituales de caza son fuertemente dependientes de procesos automatizados (tanto para el momento del ataque, los preparativos, como para las víctimas).

La interpretación que hacen los jóvenes violentos de su “identidad social” permite postular una aparente superación de la polémica entre heteronomía y autonomía de Piaget (o del tránsito por los estadios de moralidad de Kohlberg (Turiel, 1983), a través de la interacción entre la identidad personal y social, situando el foco de la atención en la influencia diferencial que ejercen los distintos agentes socializadores. Desde esta perspectiva, el sujeto situaría su nivel moral en distintos estadios o alcanzaría distintos grados en el continuo de “autonomía-heteronomía” en función de la interpretación que hace de la eficacia de las identidades (normas) emergentes (externas) en la consolidación o incremento de su autoestima (interna). Es probable, por lo tanto, que un mismo individuo desarrolle un alto grado de cooperación y ayuda mutua (autonomía piagetiana) en el grupo igualitario y un notable grado de individualismo y egoísmo (orientación unilateral o heterónoma) en entornos escolares o laborales; en ambos casos, estos individuos pueden mantener una aceptable identidad personal a través del cumplimiento de las normas endogrupales (que interpreta positivamente) o de la rebeldía e insumisión hacia personas y tareas fuertemente asociadas a fracaso, ineficacia percibida (en los términos que propone Bandura, 1987) que pone seriamente en peligro su autoconcepto. En este último caso, la auto-segregación del grupo normalizado, que suele ir en paralelo a una estigmatización social, facilita una interpretación sesgada de la realidad basada en sesgos atribucionales egoprotectores (Franzoi, 2007).

Transversalmente, todos estos procesos solo tienen sentido en el marco de los distintos ámbitos de influencia. En cada uno de ellos (familia, grupo violento, otros grupos, pareja, trabajo), los significados y su manejo son en gran medida peculiares y alcanza su

máxima funcionalidad en cada uno de ellos. Así, por ejemplo, “salir de caza” implica un ritual parcialmente automatizado que se desarrolla en el marco grupal; esta actividad es vista por todos los jóvenes consultados (a excepción de los pertenecientes a organizaciones jerarquizadas de ultraderecha) como un eficaz sistema de protección, de ataque preventivo que genera seguridad en el endogrupo y temor en exogrupo; además, lleva aparejado relatos y mitos sobre anteriores agresiones y sus resultados (casi siempre positivos). Fuera de este ámbito, carece de sentido esta gestalt interpretativa; incluso es frecuente que cuando se aborda el tema con la familia o la pareja (en general siempre hablando de forma abstracta o general y ocultando el protagonismo del joven en este tema) el discurso cambia sustancialmente, se incluyen matices y se suprimen elementos dramáticos. En opinión de muchos jóvenes, no existe contradicción alguna entre ambos discursos: solamente aparecen nuevos significados en relación con otras personas que permiten producir nuevas variantes del tema. Así, por ejemplo, la despersonalización de las víctimas desaparece o se mitiga, se exponen con tensión a la opinión de víctimas secundarias (sobre todo, el miedo y la congoja de las madres) y se hace más probable otras consecuencias negativas individuales.

3.5 Asimetría y disarmonía socializadora

Una de las hipótesis más coherentes con el análisis del discurso de los jóvenes violentos detecta una sobresocialización del grupo violento y de una infrasocialización del resto de agentes educativos y familiares; este desequilibrio se haya fuerte y positivamente relacionado con la asociación entre identidad personal, grupal y social. Cuando la identidad grupal se convierte en dominante y emergente en diversos ambientes, los jóvenes participantes en este estudio presentan conductas más extremas y su vinculación con el grupo violento es mayor. Complementariamente, de forma inversamente proporcional, la influencia de la familia, de la pareja y de otros agentes de influencia se mitiga o circunscribe a sus ámbitos de actuación cotidianos. Esto sucede fundamentalmente porque los jóvenes violentos ocultan su actuación al resto de agentes socializadores y porque éstos no advierten o no quieren advertir (en la mayoría de los casos) o aprueban (en casos aislados, relativos a los hermanos que pertenecen también a esta clase de grupos). Otro de los efectos previsibles de esta fanatización de esta clase de grupos es que evolución normalizadora (muy común en el resto de jóvenes violentos) se retrase considerablemente.

Es probable que un buen indicador e incluso un predictor eficaz de la evolución de los jóvenes violentos sea el apoyo social percibido, absoluto y relativo (distribuido entre los distintos agentes de influencia) En general, los jóvenes insertos en grupos violentos que encuentren apoyo social preferente o exclusivamente en el grupo violento tenderán a concentrar sus actividades y sus planes de acción en este colectivo. Este efecto es potenciado por dos condiciones añadidas: la escasez de apoyo social por parte de otros agentes de socialización y la ausencia de conflicto (sobre todo, explícito) entre estos entornos de influencia (familia original, pareja, trabajo, etc.) centrado en sus actividades violentas. De forma coherente con esta postulado, los jóvenes que comienzan a perder apoyo en el grupo violento están más prestos a advertir conflicto (ahora fundamentalmente implícito) por sus actividades con los padres o la pareja.

3.6 Identidad social de los jóvenes violentos

La pertenencia a un grupo violento es un elemento esencial de la identidad social de estos jóvenes. Desde una perspectiva funcional, es necesario distinguir entre la identidad social general (sentido de pertenencia a distintos grupos sociales) y la identidad social

emergente (la que surge de forma rápida como resultado de experiencias directamente relacionadas con los hábitos, las normas y las actitudes de un grupo determinado en una situación concreta).

El proceso de emergencia de la identidad social es relevante para explicar el conflicto violento, incluso cuando el elemento grupal parece inexistente (enfrentamientos inter-individuales). Desde esta perspectiva es posible que un número indeterminados de agresiones consideradas individuales tengan su origen en la emergencia de identidades grupales opuestas. La estética y apariencia física, la ideología manifiesta, o el contraste de valores y conductas expresados parecen facilitar la emergencia de la identidad grupal que se haya fuertemente asociada a la intención de realizar un comportamiento violento.

Por el grado de complejidad, podemos suponer la existencia de un continuo de complejidad identitaria que tendría como valor-suelo, la identidad social única, y que incluiría la influencia de distintos grupos sociales. La identidad social única incluye una concentración de actitudes, conductas, normas, expectativas y planes de acción en un único agente de socialización. Esta clase de identidad social, en los grupos violentos, puede asimilarse a la que se encuentra en las sectas, con intensos procesos de aculturación de sus miembros, mediante la aceptación explícita y en público de normas y con rituales iniciáticos de gran dureza. Se trata de jóvenes pertenecientes fundamentalmente a grupos de ultraderecha y, en menor medida, de ultraizquierda que se caracterizan por una gran labilidad y confusión entre identidad personal, grupal y social; que muestran una notable facilidad para que la identidad de grupo organice su pensamiento y su acción, en una amplia variedad de situaciones.

Esta clase de grupo peri-sectario promueve la obediencia y la interiorización de las normas grupales a través de rituales iniciáticos de gravedad progresiva que traslada a quienes los realizan a dos nuevas experiencias con una fuerte influencia posterior: el afrontamiento de un delito (sea agresión física o robo) y las consecuencias marginadoras que ello supone, y la aceptación en el grupo con un miembro de pleno derecho. Complementariamente, los potenciales enemigos son abundantes, su reconocimiento fácil y la percepción de poder personal ligado al grupo es muy alta.

El resto de grupos no exige una atención permanente, las normas son menos explícitas y no existen rituales iniciáticos estandarizados ni de graves consecuencias. Los miembros de estos colectivos mantienen su comportamiento violento dirigido hacia grupos concretos, en paralelo a unas relaciones sociales normalizadas en otros ámbitos.

Entre estas dos clases fundamentales, se mueven distintos grupos juveniles violentos que evolucionan a lo largo del tiempo. La influencia de otros agentes de socialización (padres, trabajo, pareja) y el grado de éxito que tengan en sus enfrentamientos (asociado también al número de adeptos que consiguen) producen oscilaciones en la cohesión del grupo y en la centralidad del grupo para cada uno de sus miembros.

3.7 De anomia, adoctrinamiento y educación

Partiendo de la anterior hipótesis del “desequilibrio socializador”, debemos plantear el fracaso total o parcial de los agentes educativos y socializadores que deberían conducir a la interiorización de normas básicas. Se ha podido comprobar la escasa influencia que han ejercido las instituciones educativas, probablemente más volcadas en la construcción

intelectual a través de la repetición de contenidos que el desarrollo ético basado en una educación participativa y crítica.

Los jóvenes entrevistados pertenecen a una de estas tres clases de familia. Las familias “anómicas”, las familias “autoritarias” y las familias “bipolares”. Las familias anómicas son probablemente las más frecuentes. Se caracterizan por su escasa capacidad de influencia y de coerción; un reducido esfuerzo por participar en la vida de sus hijos (generalmente, desde la adolescencia) por dos motivos probables que suelen manifestarse a la vez: la percepción de su propia incapacidad y la derivación de la responsabilidad socializadora a otras instancias (sobre todo a la educativa); se trata de familias que “no ven”, que “no quieren ver” o que “relativizan la importancia de lo que ven”. Las evidencias o indicios cotidianos de golpes y magulladuras en las caras de sus hijos, de actividades de ocio realizadas de madrugada por pre-adolescentes, de aparición entre sus objetos personales de navajas, puños americanos u otros artefactos agresivos, pudiendo producir alerta no dan lugar a conflicto manifiesto con sus familiares.

Las familias “autoritarias”, menos frecuentes entre estos jóvenes, se caracterizan por un anhelo abrumador de control de las actividades de los hijos, por la explicitación de una serie de normas explícitas que regulen su comportamiento y de una permanente tensión por encauzar sus motivaciones y aficiones. En estos casos, los indicios de actividades violentas no son objeto de sanción inmediata ni grave porque forman parte en alguna medida de la tradición familiar, vinculada a la pertenencia a los cuerpos de seguridad del Estado, a organizaciones políticas de ultraderecha, asociaciones xenófobas, etc. En algunos casos, la figura paterna y los hermanos mayores pueden constituir modelos que se desea emular; en otros casos, es posible que los jóvenes cuando alcanzan la mayoría de edad pueden ocultar con gran habilidad sus actividades violentas.

La “familia bipolar”, es en su inicio una familia básicamente anómica, que sin embargo, se ve abocada a reaccionar ante la eclosión del conflicto que genera la violencia de sus hijos. En estos casos, los padres, sorprendidos y seriamente preocupados, realizan un esfuerzo por ejercer una influencia normalizadora, al menos durante algún tiempo; en buena medida, tratan de comportarse como una familia “autoritaria”, castigos, restricciones del ocio, amenazas, se suceden de una manera poco controlada. No obstante, el relativo o completo fracaso de sus intentos a corto y medio plazo los induce a buscar nuevas formas de afrontamiento, que en buena medida se asemejan al comienzo de una nueva etapa “anómica”, con la esperanza de que la maduración natural del joven les lleve a resolver estos problemas.

La identificación entre los jóvenes de esta clase de familias no puede considerarse una anécdota, sino que revela hábitos socializadores educativos que crean una “sopa primordial” para la influencia de agentes sociales externos antinormativos, sólidas alternativas como fuentes de identificación y de autoestima. No se trata única o preferentemente de familias marginadas, ni con escasos recursos educativos, sino con pocas ambiciones socializadoras (anómicas) o con una concepción rígida y autoritaria de la educación paterna que, o un ciclo de ambas. Paradójicamente la acción o inacción de estas clases de familias parecen coincidir en la ineficacia para fomentar una identidad personal y social positiva en los jóvenes mediante la realización de actividades prosociales o una maduración ética normalizadora. Así, se facilita que individuo violento busque otras formas de interacción más positivas, otras acciones que satisfagan más su auto-percepción.

Al igual que los jóvenes precisan llenar el vacío social para proveerse de una identidad positiva, también (y por ello mismo) precisan desarrollar unas normas sociales implícitas, vinculadas o no a códigos normativos explícitos, que guíen y regulen su comportamiento dotándoles de seguridad y de autoconfianza. Ese recipiente axiológico-normativo puede llenarse de distintas formas; cuando las fuentes de influencia social prioritarias e inmediatas no son accesibles o se perciben como impuestas, otras ocuparán su lugar.

Consecuentemente, podemos suponer que la autoestima, entendida como proceso homeostático de carácter individual, grupal y social, puede generarse y mantenerse a través de la interiorización de normas y comportamientos prosociales o mediante el desarrollo de conductas y normas antisociales que reciben apoyo social cercano, instrumental o afectivamente.

Esta breve reflexión sobre un tema tan poliédrico no conduce a un conjunto de conclusiones claras y mucho menos aisladas. La percepción de los jóvenes violentos en relación con diferentes aspectos de su vida motiva a recuperar la primera de las conclusiones expuestas, la que hacía referencia a la reducción de alternativas en el comportamiento como resultado de la inacción de algunos agentes sociales encargados de la socialización o a su ineficacia en sus responsabilidades educativas y normalizadoras. Bajo estas condiciones, estos adolescentes y jóvenes han encontrado una seductora propuesta de socialización alternativa en el grupo de iguales, que se caracteriza como violento fundamentalmente porque está formado por personas con predisposiciones convergentes, que perpetúa la estrategia de resolución de conflictos mediante la violencia. Pero, además consigue generar una buena percepción de sí mismos, a través de procesos de aculturación intragrupal que conducen a una simplificación de la realidad social, una alta cohesión y positivos sentimientos de pertenencia, apoyo y solidaridad intragrupal. Coherentemente, la probabilidad de normalización del comportamiento de estos jóvenes se incrementa cuando se combinan dos condiciones: el conflicto identitario producido con otros agentes de socialización (familia, trabajo, pareja) y la reducción de la autoestima dependiente del grupo (por disensiones internas, vulnerabilidad a la policía o a otros grupos, etc.). En último término, parece que las identidades personal y social de los jóvenes violentos son inseparables y que la generación de grupos violentos, su evolución e involución dependen en gran medida de hasta qué punto consigan saturar la necesidad de autoestima individual y social.

4. Referencias Bibliográficas

Abrams, L. y Aguilar, J.P. (2005). "Negative Trends, Possible Selves, Behavior Change: A Qualitative Study of Juvenile Offenders in Residential Treatment". *Qualitative Social Work*, 4, 175-196

Álvarez-Gayou, J.L. (2003). *Cómo hacer investigación cualitativa. Fundamentos y metodología*. México: Paidós Educador.

Bandura, A. (1987). *Pensamiento y acción. Fundamentos sociales*. Barcelona: Martínez Roca.

Centers for Disease Control and Prevention, National Center for Injury Prevention and Control (2006). Web-based Injury Statistics Query and Reporting System (WISQARS) [online]. [cited 2006 Feb 8]. Available from: URL: www.cdc.gov/ncipc/wisqars

- Chavez, V. (1999). "Operational definitions of youth violence in empirical Research". *The International Quarterly of Community Health Education*, 18(2), 237-261.
- Drew, P. (1995). "Conversation Analysis". En J.A. Smith, R. Harré, y L.V. Langenhove (eds.): *Rethinking Methods in Psychology*. London: Sage.
- Farrington, D.P. (1983). "Epidemiology". En H. Quay, *Handbook of juvenile delinquency*. New York, John Wiley & Sons.
- Farrington, D.P. (2001). "Predicting adult official and self reported violence". En Georges F. Pinard y Linda Pagani (eds). *Clinical assessment of dangerousness: empirical contributions*. Cambridge, Cambridge University Press, 66-88.
- Feixa, C. (1998). *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- Flick, Uwe (2004). *Introducción a la investigación cualitativa*. Madrid: Morata.
- Franzoi, S.L. (2007). *Psicología Social*. México: McGraw-Hill
- Glaser, B. y Straus, A. (1967). *The discovery of grounded theory. Strategies for qualitative research*. Aldine Chicago
- González Rey, F.L. (2000). *Investigación cualitativa en Psicología. Rumbos y desafíos*. México, D.F.: International Thomson Editores.
- Iglesias, S. (2006). *Consideraciones de política criminal. Globalización, violencia juvenil y actuación de los poderes públicos*. Madrid, Dickinson.
- Informe Anual Raxen (2006). *El mapa del odio en España*. Madrid: Movimiento contra la Intolerancia.
- Íñiguez, L. (2006). *Análisis del discurso. Manual para la ciencias sociales. Nueva edición revisada y ampliada*. Barcelona, Editorial UOC.
- Javaloy, F., Rodríguez, Á. y Espelt, E. (2001). *Comportamiento colectivo y movimientos sociales*. Madrid, Prentice-Hall.
- Kennedy, L.W. y Baron, S.W. (1993). "Routine Activities and a Subculture of Violence: A Study of Violence on the Street". *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 30, 88-112.
- Klein, M.W., Weerman, F.M. y Thornberry, T.P. (2006). "Street Gang Violence in Europe". *European Journal of Crimilogy*, 3(4), 413-437.
- Krug, E.G., Dahlberg, L., Mercy, J.A., Zwi, A.B. y Lozano, R. (Eds.) (2003). *Informe mundial sobre la violencia y la salud*. Washington: Organización Panamericana de la Salud.
- Lipsey M.W. y Derzon, J.H. (1998). "Predictors of violent and serious delinquency in adolescence and early adulthood: a synthesis of longitudinal research". En: Rolf Loeber y David P. Farrington (Editors). *Serious and violent juvenile offenders: risk factors and successful interventions*. Thousand Oaks (CA): Sage Publications, p. 86-105.
- Martín González, A., Martínez García, J.M., López, J., Martín López, M.J. y Martín, J.M. (1998). *Comportamientos de riesgo: violencia, prácticas sexuales de riesgo y consumo de drogas ilegales en la juventud*. Madrid: Entinema.

- Martín, M.J. (2005). *Violencia juvenil exogrupal: hacia la construcción de un modelo causal*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia/CIDE.
- Miles, M.B. y Huberman, A.M. (1994). *Qualitative Data Analysis*. Thousand Oaks, California: Sage.
- Ministerio de Interior español (2007). *Balance sobre criminalidad y delincuencia de 2006*. On line. Available from URL: http://www.mir.es/gl/DGRIS/Notas_Prensa/Ultimos_comunicados/np030504.html
- Moser, C.O. (2004). "Urban Violence and Insecurity: An Introductory Roadmap". *Environment and Urbanization*, 16; 3-16
- Potter, J. y Wetherell, M. (1987). *Discourse and Social Psychology*. London: Sage.
- Pulkkinen, L. (1987). "Offensive and defensive aggression in humans: a longitudinal perspective". *Aggressive Behaviour*, 13, 197-212
- Reilly, J., Muldoon, O.T. y Byrne, C. (2004). "Young Men as Victims and Perpetrators of Violence in Northern Ireland: A Qualitative Analysis". *Journal of Social Issues*, 60 (3), 469-484
- Resnick, M.D., Ireland, M. y Borowsky, I. (2004). "Youth violence perpetration: what protects? What predicts? Findings from the National Longitudinal Study of Adolescent" *Health. Journal of Adolescent Health*, 35 (5), e1-e10.
- Reza, A., Krug, E.G., y Mercy, J.A. (2001) "Epidemiology of violent deaths in the world". *Injury Prevention*, 7, 104-111.
- Scandroglio, B., López, J.S., Martínez, J.M., Martín, M.J., San José, M.C. y Martín, A. (2003). "La conducta violenta en grupos juveniles. Características descriptivas". *Revista de Estudios de Juventud*, 62/03, 151-158.
- Stattin, H. y Magnusson, D. (1989). "The role of early aggressive behavior in the frequency, seriousness, and types of later crime". *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 57,710-718.
- Strauss, A. y Corbin, J. (1990). *Basics of qualitative research: Grounded theory procedures and techniques*. London: Sage.
- Taylor, S. J., y Bodgan, R. (1997). *Introducción a los métodos cualitativos en investigación*. Barcelona: Paidós Básica.
- Trasher, F. (1927). *The Gang*. Chicago: University of Chicago Press.
- Vigil, J.D. y Yun S.C (2002). "A cross-cultural framework to understand gangs: multiple marginality and Los Angeles". *See Huff*, pp. 161-174
- White, W.F (1943). *Street corner society*. Chicago: University of Chicago Press.
- Zimmerman, M.A., Morrel-Samuels, S., Wong, N., Tarver, D., Rabiah, D. y White, S. (2004). "Guns, Gangs, and Gossip: An Analysis of Student Essays on Youth Violence", *Journal of Early Adolescence*, 24 (4), 385-411.